

posteriores, y entrada la Edad Media, la influencia griega en las obras gramaticales se ve claramente, según dejamos notado en otro lugar refiriéndonos á los tratados de Analogía de Ibn-el-Cadi y el-Mawerdí, ambos publicados con el nombre griego de *Catholicon*.

El pueblo conocido con el nombre de *hebreo*, y así llamado también por griegos y romanos, designábase á sí propio con el patronímico de *Israel*, *hijos de Israel*. El nombre de *lengua hebrea*, *literatura hebrea*, no aparece ni una sola vez en el Antiguo Testamento, donde dicho idioma es conocido por la *lengua de Canaam* (Is. 19, 18), ó bien *lengua judaica* (2.º Reyes, 18, 26, y en otros lugares). Los judíos diéronle en frase caldaica el nombre de *Ichon kudchah*, *lengua santa*, en oposición al ara-

persa *divan*, registro, que pudiera traducirse por *cancionero*, y las múltiples antologías de poetas, entre las cuales son notables la de las siete *Moallake*, arregladas en el s. VIII por Al-Hammad, la titulada *Al-Hamasa* de Abu Tammam (s. IX) y la de los cantos de los *Hodheylites*. También las reglas del arte poética tardaron en ser consignadas por escrito entre los árabes. El primero que consta se propuso reunir las y ordenarlas fué el célebre Abú-Abd-el-Rahmán Aljalil (principios del siglo II de la Egira), con su tratado conocido con el dictado de *Jalileia*, que fué de autoridad indiscutible entre los árabes. El comentador más celebrado de Aljalil es Abú-Ismael-el-Tograi, con su exposición intitulada *Lamiat-el-acham*, que ha sido á su vez objeto de estudio é ilustraciones para muchos y distinguidos orientalistas. A principios del siglo X Abul Alkortobi y Ozman Alandalusi consignaron en sus respectivas historias de la poesía árabe, crecido número de sus cultivadores en España; número que llegó á aumentarse grandemente, como es de ver en la *Bibliot. hisp. arab.* de Casiri, en las citadas obras de Wüstenfeld, de Rossi, De Bardi, en la del Abate Andrés y en otras.

Se ha dicho que la poesía española es originariamente derivación de la arábiga, lo cual entre otros muchos han divulgado Huet y Masiéu. Es esta una arbitrariedad tan palmaria, tan injustificada é injustificable á los ojos de todo el que conozca algo de ambas literaturas, que no merece se tome en serio. "Los árabes, diremos con Schlegel en su *Hist. de la Literat.*, contribuyeron á enriquecer la poesía española y embellecerla; pero no cabe dudar de que los antiguos poemas castellanos están enteramente puros de influencia árabe ó de las inspiraciones orientales; al contrario, su estilo y su lenguaje son severos y uniformes, puros y sencillos. Puede decirse con tanta más seguridad que nada hay de árabe en la antigua poesía, cuanto que semejante influencia se manifiesta de un modo claro en tiempos más cercanos durante los cuales existió verdaderamente."

maico vulgar; la denominación ambigua de *hebraisti* y *hebrais dialektos*, que aparece especialmente en el Nuevo Testamento, no se refiere á la lengua del Antiguo Testamento, que vino cada vez más en desuso desde el destierro, sino al aramaico palestinese convertido en lenguaje usual de los hebreos. Probablemente, el nombre de *lengua hebreaica* es debido á los griegos y judíos helenistas, que lo emplearon para significar la nacionalidad y el carácter del idioma. Con la división del reino de Salomón en los de Israel y Judá, el nombre de *Israel* perdió su antigua significación teocrática y tomó la política y social del reino á que se aplicaba; y con la desaparición del reino de Israel quedó sólo el de Judá, de donde el nombre de *judío* aplicado universalmente á los hebreos, á su lengua y á su literatura.

Se ha disputado si el nombre de *hebreos* es gentilicio (derivándolo de *Heber*, descendiente de Sem) ó es apelativo simplemente. Esto último sostienen los rabinos y creemos más probable. En ningún pasaje del A. T. aparece la designación de *hebreos* como nombre gentilicio, sino en sentido apelativo. Por vez primera, se encuentra esta voz designando al patriarca Abraham, á quien se llama «el hebreo» para distinguirlo de sus aliados los Amorreos (Gén. 14, 13); y los Setenta, tomándola en sentido también apelativo, tradujeron *ὁ περσῆς* — *el que vino de la parte de allá* (del río Eufrates), y con mayor exactitud gramatical tradujo Aquila *ὁ περσῆς* — *el hombre del país de la parte de allá* del Eufrates (de donde procedía Abraham) (1).

Tres pueblos distintos formaron las poblaciones sucesivas de la Palestina. Los indígenas palestineses; los cananeos ó fenicios y las tribus semíticas. Los cananeos, pues, no eran indígenas de la Palestina, y las tradiciones que nos ofrecen Heródoto, Estrabón y otros, están conformes en señalar su origen en las márgenes del golfo Pérsico, en el país de *Phun-t* (de

(1) En sentido gentilicio y derivando *hebreo* de *Heber*, como con otros muchos hace Preiswerk en su *Gram. hebr.*, no debiera restringirse el nombre de *hebreos* á los judíos, porque descendientes de Heber son igualmente los *idumeos*, los *ismaelitas* y los *iotácuides*, ó sea los árabes; ni tampoco hay razón para que los judíos tomasen precisamente el nombre de Heber, y no el de otro de sus ascendientes ó descendientes; pues aunque en su tiempo hubiese tenido lugar la dispersión de las gentes, esta dispersión ni justifica suficientemente el nombre aplicado (como no lo justifica el recordar el culto del verdadero Dios y su conservación etc.), ni tuvo lugar tan sólo para los judíos.

donde el griego *Phoinikes* y lat. *Poeni*). Y de la misma región del bajo Eufrates de donde procedían los fenicios, salieron igualmente las dos naciones semíticas de asirios y hebreos. Estos tres pueblos vecinos, aunque no de una sola raza, vinieron á tener idioma común en la Palestina, idioma que Isaías de signa con el nombre genérico de «lengua de Canaam» (19, 18). La estela del rey moabita Mesha (s. IX a. J. C. cf. 2.º Reg. c. 3), de ser auténtica, pues á pesar de lo que desde Renán acá han afirmado los críticos sobre su autenticidad, ésta no es indiscutible, como no lo son los argumentos aducidos en favor de ella, vendría á confirmar la doctrina ya sustentada de que las tribus vecinas al pueblo de Israel hablaban la misma lengua de éste con pequeñas diferencias. Según todas las probabilidades, no fueron los hebreos los que adoptaron la lengua de los cananeos (aunque así se ha creído por muchos y se afirma comúnmente en vista de la afinidad que ofrece el hebreo bíblico con el fenicio), sino que por el contrario los cananeos ó fenicios adoptaron la lengua de los hebreos en la Palestina, la cual así como revistió caracteres dialectales distintos en el pueblo hebreo y en el asirio, así también nos la presenta en el pueblo cananeo.

Un fondo común *aramaico* vino á dar el tipo fundamental inmediato de dichas lenguas, si bien disgregadas éstas, la preponderancia del elemento arameo continuó haciéndose sentir en unos idiomas ostensiblemente, mientras en otros por el contrario quedaba más ó menos obscurecido. De aquí los diversos grupos de idiomas llamados *semíticos*, de los cuales habremos de ocuparnos al tratar de la *clasificación de las lenguas*; y de aquí también las diversas fases de algunos de dichos idiomas, debidas en gran parte á influencias mutuas posteriores entre el elemento arameo que se conservó dentro de su tipo, y el elemento que dejó de serlo para evolucionar en los demás tipos lingüísticos de la familia. En este lugar basta á nuestro objeto decir que distinguidos el grupo *aramaico-asirio*, en el cual se comprenden, además del asirio, el caldeo y siríaco, y el grupo *hebraico-cananeo*, que abarca el fenicio y las varias fases hebraicas, preséntanse como representación singularmente importante por el carácter de antigüedad literaria y por su significación filológica en ambos grupos, el *asirio* y el *hebreo*. He aquí las conclusiones que así respecto al asirio y á sus monumentos filológicos, como á la evolución lingüística hebraica, juzgamos oportuno presentar antes de descender á particularizar el hebraísmo filológico:

1.º La lengua asiria, que puede decirse también *abilónica* ó *abilónico-asiria*, es conocida casi en su totalidad por la literatura monumental escrita en caracteres *cuneiformes*. Referencias á este género de escritura se han querido hallar en algunas indicaciones bíblicas (Dan. I, 4, donde alude á la enseñanza de *letras y lengua* de los caldeos), en Moisés de Corene (I, 16), que hablando de las memorias y conquistas de Semiramis en la Armenia, menciona un edificio sobre el cual «como en cera fueron trazados muchos caracteres;» en lo que dice Hamza de Ispahan sobre una biblioteca antiquísima en Seravieh escrita en caracteres los más extraños, de los cuales caracteres habla también como de escritura misteriosa, el obispo siro Yshudad Hadeth. No han faltado quienes, como Hoffmann, han creído descubrir alusiones á la escritura cuneiforme en los Salmos —74, 4-6— y en el Talmud abilónico (cf. *Orientalische Bibliograph.*), citándose también en el mismo sentido la obra de las Letras sagradas abilónicas *Peri tón en Babilóni ierón grammatón* del pseudo Demócrito de Abdera. Otros datos aparecen en la colección de *Epistolas* atribuidas á Temistocles (ep. 21), cuya autenticidad aunque generalmente combatida, defiéndela con argumentos aceptables Lenormant (Rev. *Archeol.* vol. XV); en Tucídides (IV, 50) que menciona una carta del *gran rey* traducida en Atenas de las «letras asirias», si bien no faltan quienes como Noeldeke (Hermes, vol. V) crean que las *letras asirias* no significan aquí escritura cuneiforme, sino *escritura aramea*, correspondiente á una carta escrita en arameo también; en Heródoto (IV, 87) que recuerda una columna de Dario I, cerca del Bósforo con una inscripción en «letras asirias» *grammata Assuria*; en las alusiones á las *letras asirias* de los monumentos de Ciro y Sardanápalo, que se encuentran generalmente en los escritos sobre Alejandro Magno; en el simil que el gran poeta persa Ferdusi emplea comparando unas rizadas trenzas de cabello á la envuelta *escritura abilónica*; y finalmente omitiendo otros datos análogos, en la explicación que Salomón ben Samuel hace de la palabra *lebhenah*, ladrillo, declarando en su Diccionario hebreo-persa (1339) que los ladrillos cubriáanse antiguamente de signos en Babilonia mediante un sello especial, de los cuales ladrillos quedaban aún muestras en el palacio imperial.

Sin pretender que todos estos datos tengan una misma fuerza, ni que supongan un claro conocimiento de la escritura cuneiforme, no puede dudarse de que en general á ella se refieren; probablemente, sin embargo, las noticias sobre las cunei-

formes en la antigüedad no han llegado á los escritores que las transmitieron sino mediante las cuneiformes persas y se refieren tan sólo á la escritura del período persa-babilónico.

2.º Si bien suele hablarse de *lengua cuneiforme*, esta denominación es totalmente impropia y sólo puede traducirse por *escritura cuneiforme* ó *lenguas de escritura cuneiforme*, porque esta forma de escribir es independiente de todo idioma, y de hecho ha servido para la expresión gráfica de lenguas de diversa familia. Las inscripciones *Aquemenides* ofrecen tres lenguas diversas con unos mismos caracteres; la primera de tipo eranio, el persa; la tercera semítica, el asirio, y la segunda á la cual se le dió el nombre de *lengua escítica, médica* etc. ninguno de los cuales le conviene, es distinta de la tercera y de la primera. En escritura cuneiforme están además las inscripciones *elamíticas*, cuyo lenguaje no es ni el persa ni el asirio, y sólo guarda relaciones con el que acabamos de indicar de la segunda columna; las inscripciones que Lehmann quiere se denominen *caldeicas*, descubiertas en la región de los *caldeos* (confundidos malamente por no pocos con los caldeos) en las orillas del lago de Van y región conocida por los asirios con el nombre de «reino de Urarti», cuya clasificación lingüística, si bien discutida, no permite confundirlas con la de idioma asirio; las *glosas*, ó traducciones de palabras asirias aisladas puestas en otras lenguas, bajo los mismos signos gráficos; el *glosario* de los Kashshi (que son los *Kassoi* según Oppert, y los *Kossai* según Delitzsch) donde figuran en columnas al lado del texto asirio la traducción á la lengua de dichos Kashshi; la carta de Dushratta, jefe del país de *Mitanni* al Faraón Amenophis III, escrita en la lengua de aquél, pero en caracteres cuneiformes, y á este tenor otros datos que demuestran que la escritura cuneiforme era independiente de todo idioma determinado (1).

(1) Cual haya sido el origen de la escritura dicha *cuneiforme* (*cuneatae, inscriptiones*, por la forma de *cuña* que presentan los elementos componentes de cada signo de dicha escritura) es cosa no averiguada con certeza, si bien es muy verosímil y tenemos por seguro que en su conjunto es de base geroglífica, cualesquiera que sean las afirmaciones que se hagan en contrario. A sostenerlo así nos conducen los indicios innegables de una escritura ideográfica babilónico-asiria antiquísima, la existencia de una escritura *lineal* conservada en las inscripciones precursora de la *cuneiforme*, y en la cual la *cuña* está sustituida por la *línea*; estas líneas van frecuentemente dispuestas en formas casi geroglíficas, llamadas por esto

3.º La clasificación lingüística del asirio ha dado lugar, entre otras, á dos afirmaciones extremadas, una negando su parentesco semítico en los comienzos de los estudios de literatura asiria, y otra posterior elevando el asirio á la lengua tipo de la familia semítica en su representación más antigua, y haciendo de ella el *sánscrito* del semitismo.

Hasta el siglo XVIII prevalecía en la Persia entre otras creencias, la de que las cuneiformes que allí se encontraban eran signos gráficos de un lenguaje misterioso y esotérico conocido en la antigüedad por los iniciados en los secretos de las

mismo ejemplares de escritura *pictórica* ó *semipictórica*, y además la existencia de monumentos asirio-babilónicos que de no ser propiamente geroglíficos como quieren no pocos, son en todo caso indudable testimonio de orígenes geroglíficos. Las listas paralelas de cuneiformes y caracteres babilónicos arcaicos en las cuales Houghton (*Transactions of the society of biblical Archaeology*, v. VI) veía al lado de la transcripción cuneiforme la figura y geroglífico correspondiente, señalan cuando menos una translación gráfica de caracteres más próximos á la escritura *pictórica* que á la cuneiforme. Y decimos *cuando menos*, porque dado que á un solo signo cuneiforme corresponden varios de los *arcaicos* dichos, y que en el siglo VII a. J. C. al cual pertenecen aquellas inscripciones no es probable pudiesen reproducirse los caracteres gráficos primitivos, es verosímil que no se trate allí de explicar mediante cuneiformes el primer tipo de escritura babilónica (cf. Delitzsch *Die Entstehung des ältesten schriftsystems*), sino tan sólo de transcribir en forma reciente tablillas de escritura anticuada no primitiva, como se ve en otras listas babilónico-asirias, con signos antiguos y signos posteriores que aclaran los primeros. Ultimamente De Morgan en la expedición arqueológica á la Persia (*Rev. Archeol.*, 1901, a. Fossey), ha aportado muestras de escritura antiquísima que se ha calificado de geroglífica, pero que de no serlo, hace indudable su derivación iconográfica. Por lo demás, no existe todavía una colección completa de los signos de escritura babilonia y asiria para fijar sus grados evolutivos; lo que sí, puede establecerse es que entre la escritura *geroglífica* y *lineal pictórica* de una parte, y la *cuneiforme* de otra, no hay separación definible, como no puede precisarse el momento en que el sistema de la *cuña* hizo su aparición (cf. Teloni, *Lett. assira*. V, en Delitzsch, *Entstehung* etc. *Die babyl. Keilschrift im Altgem. u. ihre einzeln. Entwicklungstufen*). Un problema harto discutido importante en la reconstrucción de los signos primeros babilónicos es, si la dirección de la escritura ó mejor sus rasgos iban en sentido vertical ú horizontal. Lo primero es más probable, y con ello se explica sin dificultad las dos opuestas maneras en que aparece escrito el asirio; en los más antiguos monumentos caldeos la es-

artes mágicas. A principios del mismo siglo Th. Hyde negaba refiriéndose á las cuneiformes de Persépolis que fuesen verdadera escritura, y las reducía á simples figuras de ornamentación. Lichtenstein pretendió luego haber hallado palabras *árabes* sobre un ladrillo babilónico publicado por Hagger, y también aramaicas en el *kudurru* (piedra de deslinde en asirio) llamado de Michaux, lo cual no podía menos de ocasionar las más arbitrarias interpretaciones. El primero que pensó en que en las cuneiformes se hallase un sistema de escritura ideográfica fué E. Kaempfer á principios del mismo siglo XVIII, lo cual

critura va de *derecha á izquierda* en forma de columnas, pero de tal suerte que inclinando las tablillas hacia la izquierda, los caracteres aparecen en sentido horizontal y van entonces de *izquierda á derecha*, justamente como se encuentran escritos en su mayoría los documentos epigráficos asiro-babilónicos menos antiguos, á la manera que nosotros escribimos actualmente, y opuesta á la de los semitas. El cambio, pues, resulta así obra inconsciente de *comodidad*, ya que comenzando por colocar el material de escritura inclinado para trazar más fácilmente algunos caracteres, principiaron escribiendo en sentido horizontal lo que en teoría aun tenían como escritura vertical, acabando por olvidar del todo la antigua dirección para retener la nueva práctica y teóricamente también. (Sobre la importancia del origen de las cuneiformes, Delitzsch, *Die Entstehung* etc. Die Wichtigkeit der Frage etc. Sobre el conjunto de signos asiro-babilónicos, Delitzsch, *Assyrische Lesestücke*—2.^a edición—, y el *Tableau comparé des écritures babylonienne et assyr.*)

La escritura asiria pasó de los ideogramas (signos de ideas y de cosas) á los fonogramas (signos de sílabas) transformándose de la manera más conforme con la indole de la lengua. Al pasar tales signos á los semitas, empleáronse los *ideogramas* con el valor fonético que en su lengua correspondía á las ideas por ellos expresadas, y se convirtieron así en una especie de *fonogramas* traducidos en lenguaje semítico, á la manera que los guarismos verdaderos ideogramas de la numeración, reciben diverso valor fonético al pasar de uno á otro idioma. Cual fuese el pueblo introductor de las cuneiformes, enlázase con el problema de la existencia ó no existencia de una raza presemítica en las regiones del Tigris y del Eufrates de donde proviene el semitismo.

En cuanto á posibles afinidades de la escritura cuneiforme, se han aventurado muchas hipótesis, sin que merezcan gran fe algunas de ellas. William Jones, conviniendo en principio con lo que Vallancey asentaba en el siglo XVIII, trató de buscar semejanzas entre los caracteres rúnicos y los cuneiformes; Lacroze á quien sigue Lacouperie, establece un paralelismo gráfico chino-babilónico á la manera que ya en el siglo XVIII lo sostuvo Raspe, mientras Ebers se decide

confirmó y amplió en el último tercio del mismo siglo Niebuhr, descubriendo en las inscripciones *Aqueménides*, tres géneros ó clases de escritura, cosa que á fines de dicho siglo y en un mismo año (1798) ratificaban O. G. Tychsen y F. Münter. Este último sobre todo estableciendo que los tres géneros de escritos persopolitanos en las Aqueménides correspondían el primero á una lengua alfabética, el segundo á una lengua silábica y el tercero á otra en gran parte ideográfica, fijó los rumbos que en ulteriores investigaciones hubieron de seguirse hasta llegar al estado actual de la asiriología.

por un parentesco babilónico-egipcio en la escritura, lo cual dado el origen geroglífico de las cuneiformes, resulta muy aceptable. (V. sobre las relaciones de las cuneiformes con otras escrituras, *Les langues perdues* I, de Ménant; la *Geschichte d. Alten Morgenlandes* de Hommel, y la *Bericht ü. die Fortschritte der Assyriologie in d. Jahr.* 1886-93).

El carácter monumental epigráfico de la literatura asiria, la hace de singular valor histórico, una vez descifrada y ordenada. No existe un inventario numérico completo de las inscripciones cuneiformes, ni tampoco un inventario bibliográfico de las colecciones ya públicas ya privadas hechas de aquéllas. En cuanto á lo primero, Bezold en 1896 contaba 160.000 ejemplares cuneiformes á disposición de los asiriólogos (de los cuales son de carácter jurídico 50.000); pero de entonces acá ha crecido el número notablemente; sólo las expediciones americanas de la Universidad de Pensilvania á Nipur llevaban en 1900 presentados unos 36.000 ejemplares cuneiformes, y Hilprecht hacía ascender á fines del año último el número de documentos de Nipur, á unos 150.000.

Los territorios en que esta escritura puede considerarse como connaturalizada y de uso corriente son, entre otros menos significados, la Media (Ecbatana y monte Alvend), la Persia y el Elam (monumentos de Persépolis, Naksh-i-Rustem y Murghab, Behistan y Susa); el territorio de Van, la Babilonia y la Asiria, y en general las regiones que estuvieron bajo sus dominios, ó mediante los fenicios se pusieron en relación con aquellos imperios: el Egipto, Asia menor, Siria, Palestina, Chipre, etc. (Cf. B. Teloni, *Lettera assira*).

Los museos de primer orden que constituyen la *biblioteca* de literatura asiria son: el *British Museum*, el del *Louvre*, los de Berlín, de Guizeh, de Nueva York, de Filadelfia (Univ. de Pensilvania), y el Museo imperial de Constantinopla. Otros muchos existen ya privados ya públicos de menor importancia, de los cuales no es posible nos ocupemos (v. Bezold, *Kurzgefasster Ueberblick ü. d. babylon.-assyrische Litteratur*; además las descripciones peculiares de los diversos museos). Sobre las exploraciones asiro-babilónicas, Kaulen, *Assyrien und Babylonien nach d. neusten Entdeckungen*; Ménant,

En efecto la lengua del primer género en las cuneiformes de Persépolis, era el persa; la del segundo género era el idioma cuyo nombre y cuyas afinidades vienen discutiéndose sin llegar á una certeza completa, conocido ya por el calificativo de lengua *escítica* ya por el de lengua de los Medos ó *médica*, ya por el de *elamítica*, por sus afinidades con los dialectos de la región de los Elamitas. El tercer género está constituido por el *asirio*. El primero en descifrar las cuneiformes persepoliticas de la clase *primera*, el persa, fué G. F. Grotefend quien á pesar de sus muy escasos conocimientos orientales, pero llevado

Les langues perdues; Hommel, *Gesch. Babyloniens und Assyriens*, entre otros.—La mejor descripción-catálogo de monumentos asirios es hasta hoy la obra de Bezold, relativa al *British Museum, Catalogue of the cuneiform Tablets of the Konyunjik* etc.; y la más grande de las publicaciones asirias es la edición de la correspondencia que dicho Museo posee de Asarhaddon y Assurbanipal (siglo VII a. J. C.), trabajo de R. F. Harper, *Assyrian and Babylonian letters* etc.

En cuanto al movimiento asiriológico baste notar que A. J. Delatre en su Memoria sobre "los progresos de la asiriología", en el último *Congreso bibliográfico de París* (Compte Rendu, t. I) encuentra desde 1888 á 1898 cerca de unos trescientos autores europeos, americanos y hasta japoneses, que produjeron unas mil quinientas obras, sin contar artículos bibliográficos y artículos de periódicos; si bien es verdad que las obras capitales y hechas por asiriólogos de profesión son en número relativamente muy pequeño. La cantidad de escritos y de autores ha aumentado considerablemente en estos primeros años del siglo XX, siquiera buena parte de ellos se consagren más que á la asiriología, á las varias disciplinas por los asirios cultivadas.

Además de la comunicación probable hebraico-asiria en el uso de las cuneiformes, otra muy significativa vino á revelarnos la colección de documentos también cuneiformes contenidos en más de 300 tablillas halladas en Tell-el-Amarna, ó El-Amarna —bajo Egipto— las cuales provienen de archivos reales egipcios, y contienen extensa correspondencia diplomática entre los Faraones y los soberanos de Siria y Mesopotamia, con más curiosos datos administrativos de Canaán antes de la invasión de los Israelitas. Desde luego surgió el problema interesante de saber por qué en la correspondencia oficial del país de Canaán, en la Fenicia, en la Siria etc. se ha usado el lenguaje asirio y la escritura cuneiforme. Problema al cual unos han contestado admitiendo el asirio como lengua oriental común para la diplomacia y relaciones comerciales é internacionales; solución á primera vista viable, pero que tropieza con graves inconvenientes si se atiende á la extraordinaria complicación de la escritura asiria

de un instinto adivinador singular planteó su método de investigación (1802) el cual sin embargo del escepticismo general con que fué recibido, del que participaba también el ilustre De Sacy, dió por resultado que la mayor parte de lo descifrado por aquel procedimiento fué hallado posteriormente exacto. Rask, E. Burnouf, Ch. Lassen, Beer, continuaron la labor comenzada que fué completada por Rawlison (1846), dándose con sus trabajos por interpretados con seguridad los caracteres cuneiformes persas, siquiera las ulteriores investigaciones de Benfey, Oppert, y Spiegel, hayan venido á consolidar en su aparición la *ciencia de las cuneiformes*.

La segunda clase de cuneiformes de Persépolis alcanzó por el viajero Chardin (1711) su primera descripción conocida. Y puede decirse que desde Westergaard, á mediados del siglo XIX, hasta nuestros días, ha sido objeto preferente de los asiriólogos investigar el parentesco de esta segunda lengua de las Aqueménides, con varios nombres designada según queda dicho. Hincks, Oppert, Holtzmann, Lenormant, Spiegel, Sayce, Delatre, Weissbach y otros, hanse señalado en esta labor, cuyos éxitos no responden sin embargo á los esfuerzos realizados.

Contra lo que sucedió con la segunda lengua de las inscripciones trilingües de que nos ocupamos, la tercera lengua co-

para tales fines y á la dificultad de proporcionarse *escribas* diestros en ella, en las múltiples regiones de secundaria importancia donde aparece usada. Otros sostienen que el asirio estuvo en vigor desde los tiempos en que las dinastías primeras babilónicas ejercieron su hegemonía sobre los países del Mediterráneo, y que la lengua asiria vino á ser lenguaje vulgar en Canaán y demás regiones que en asirio se relacionaban con los Faraones. Esto si bien nos parece más probable, no puede sostenerse sino con algunas restricciones sobre el empleo vulgar de aquel idioma; porque en la correspondencia misma de El-Amarna se hace referencia á un intérprete por cuya mediación se entendieron el soberano de Egipto y el rey de Mitanni (carta 19 del v. V de la *Keilschriftliche Bibliothek* de Schrader); en algunas cartas de la Siria aparecen *glosas* de palabras cananeas para explicar palabras asirias, y á veces éstas son sustituidas por palabras usuales; de igual suerte encuéntrase en la misma colección de El-Amarna voces egipcias transcritas en caracteres cuneiformes. Todo ello inclina á creer que de haber sido el asirio lengua vulgar en los países mencionados, no excluyó totalmente el lenguaje que pudiéramos decir nativo de los mismos. (Sobre la coordinación de la colección de El-Amarna, v. Delatre —S. J.— en la *Rev. des quest. histor.* 1892-94-96; Hommel, *Die altisraelitische Ueberlieferung*, y Maspero en la *Hist. anc. des peuples* de l'Orient.)

rrespondiente á la dicha *tercera* clase de las inscripciones persepólitanas, fué desde el principio reconocida como idioma *asirio*; pero su clasificación entre las lenguas semíticas no se ha hecho sin contradicciones, las cuales fueron de provecho para el mejor estudio del punto que se debatía. Entre los partidarios primeros del semitismo del asirio aparecen Löwenstern, Hincks, De Sauley y otros, contra los cuales levantáronse no pocos eruditos, á cuya cabeza puede figurar el entonces célebre semitista F. Luzzato (1849), quien sostuvo el parentesco del asirio con el sánscrito. Consolidada más y más la doctrina opuesta á medida que se hacía detenido examen de las inscripciones estudiadas, surgieron diferencias sobre cuál ó cuáles fuesen las lenguas semíticas más aptas para explicar el asirio, y por lo mismo para fijar su propio carácter; y mientras unos recurrieron al árabe, al etiópico etc., otros buscaron con mejor suerte las afinidades babilónico-asirias (el asirio y el babilónico convienen gramatical y léxicamente con sólo variantes fonéticas) en el arameo y hebreo, que sin duda responden cumplidamente á los intentos de las comparaciones ensayadas, si bien el estado actual de los conocimientos asirios no permite que todos los problemas gramaticales y léxicos de dicho idioma aparezcan resueltos con entera claridad.

Común fué el origen de los pueblos asirio-babilónico y hebreo, y de un mismo territorio partieron unos y otros, según queda indicado; común manifiestamente el uso del arameo en las regiones del Tigris y Eufrates, donde tuvieron su cuna hebreos y asirios, y en Asiria y Babilonia se usaron inscripciones aramaicas é inscripciones bilingües arameo-asirias que han llegado á nosotros (cf. *Corpus inscrip. semitic.* II; Rawlinson, *Cuneiform. inscript. of West. Asia* III. Un contrato del siglo VII a. J. C. en escritura aramea, en el *Mus. Británico*, colec. de Kujunjik, según Bruto Teloni, ob. cit.); comunes son al asirio y arameo no pocos nombres del tecnicismo científico, especialmente jurídico y astronómico, y del tecnicismo de artes é industrias, cuyo catálogo comparado va en continuo aumento (cf. Meissner, *Zeitschr. für Assyriologie* VIII); notorias por otra parte las influencias asirias en el arameo más antiguo, como el de las inscripciones Nerab y Senjirli, y la significación que alcanzan algunas inscripciones nabateas y palmisenas en orden al asirio, como hace ver Noeldeke, entre otros. Y todo ello unido al aspecto general de ambas formas de lenguaje y á las relaciones lingüísticas de los pueblos que los hablaron sin tropezar con grandes dificultades de interpretación, y sin que

las compenetraciones léxicas babilónico-hebraicas revelen no ya ingerencias de todo extrañas, pero ni aun mezclas distintas de las del tipo arameo común, cuya influencia por otra parte se revelaba bien en el hebreo antes de la captividad; todo ello, repetimos, hace hoy incuestionable el tipo semítico y parentesco arameo del idioma de Babilonia. Pero de esto á establecer que el asirio es la lengua típica más antigua del grupo arameo-hebraico, y hacerla el *sánscrito* de la familia semítica, hay no pequeña diferencia; de hecho la familia del semitismo conocido sobre todo en las formas arcaicas del arameo, habrá de ser la que proporcione la luz necesaria para alumbrar las obscuridades de la fonética y morfología asirias, para que nos sea dado ver el lugar en que haya de ser colocado aquel idioma dentro del semitismo ya estudiado y comparado.

Es un hecho digno de ser notado que en general los datos antiguos que llegaron á nosotros de la lengua de los asirios la presentan como idioma arameo, ó la suponen en afinidad próxima á esta familia. Diodoro (II, 3) atribuye á Semiramis letras *aramaicás* —Σύγια γράμματα—; Jenofonte refiere (Anab. VII, 5) que Ciro mandó una legación á Babilonia compuesta de hombres que sabían hablar arameo —συριστι ἐπισταμένους—; Beroso habla del *caldeo* de Babilonia que, como tal, es necesariamente *aramaico*. El mismo nos da la traducción del nombre del monstruo jefe del mundo primitivo *Omoroka*, llamado según dice en caldaico *Thalath* —Θαλάτθ—, nombre que el texto armeno de Eusebio interpreta Thagattham en caldeo (C. Müller, *Fragm. histor. graecor.* II), pero suponiendo legítima la lectura de *Thalath* que proponen algunos mudada en *Θανάτθ*, nos da desde luego un ejemplo de la lengua semítica á que Beroso se refiere. Otros testimonios ofrecen Arriano, que menciona el *asirio*, Esiquio Alejandrino, que reproduce algunas palabras de él, Amiano Marcelino, el cual habla de ciudades de la Siria que en su tiempo llevaban al par que el nombre griego, otro antiguo asirio —institutores veteres indiderunt—; todos los cuales hacen mención del *asirio* en sentido *semítico*, y mejor que semítico, arameo. Así entienden el asirio también Marco Tulio, Lucrecio, Estrabón, Plinio y Q. Curcio Rufo al referirse al lenguaje «asirio» introducido en las regiones romanas por los *caldeos* y en uso en las escuelas de artes ocultas y sectas correspondientes hasta la época imperial; de igual manera hubo de entenderlo indudablemente Focio cuando en su *Biblioteca* (ed. Bekker, I, escol.) dice que Jamblico aprendió la lengua *siriaca* y la *babilónica* —Σύραν τήν πάτριον γλώσσαν εἰδώς... καὶ

την βαβυλωνίαν—; lenguaje babilónico que en tiempos de Jamblico no debía ser otra cosa que el arameo oriental en cuanto distinto del occidental, como ya con razón advirtió Gutschmid (*Kleine Schriften* II), pero que aun como arameo moderno venía sin solución de continuidad transmitiendo un nombre y una tradición común de otro arameo más antiguo. Y no es de echar en olvido á nuestro objeto el conocido pasaje del libro IV de los Reyes (XVIII, 26) donde Rabsaces, el enviado de Senaquerib á Jerusalén, es rogado por Eliacim, Sebna y Joah para que hable en arameo y no en hebreo, á fin de que el pueblo no se entere de su alocución —Precamur, dice la Vulgata, ut loquaris nobis servis tuis Syriace; siquidem intelligimus hanc linguam: et non loquaris nobis Iudaice, audiente populo qui est super murum.— Es decir que el arameo era lengua vulgar en Babilonia y Asiria, de la cual suponen en Jerusalén desde luego conocedor al enviado de Senaquerib que comienza á hablar en lengua hebrea, por ser estudiada por los funcionarios asirios para sus legaciones oficiales; y al contrario, el arameo del embajador asirio resulta desconocido de la masa popular judaica, estudiada tan sólo para relaciones oficiales, por lo cual los tres hebreos mencionados necesitaron significarse como conocedores de aquel idioma. Ahora bien; por muy grande que supongamos la intrusión de elementos arameos extraños en el territorio asirio-babilónico, no es posible pensar en que esta invasión fuese tal que llegase á constituir el núcleo de la lengua popular asiria, de no ser los nuevos arameismos absolutamente conformes al tipo de la lengua en que se introducen, y que llegaran á dominar hasta el punto de merecer ser estudiado tal arameo-asirio por los funcionarios hebreos, de la misma manera que el hebreo era estudiado por los funcionarios asirios (1).

(1) No existen hoy criterios rigurosamente científicos que permitan fijar ni la época de las primeras inscripciones en asirio, ni la de la desaparición de este idioma. Como textos *precuneiformes* publicáronse varios en escritura asiria *lineal* á fines del siglo XIX (*Proceedings of the amer. oriental Society*, 1895 y *Americ. Journ. of Archeol.* 1888), cuya autenticidad puesta en duda por Ménant (*Les fausses antiq. de l'Assyrie et de la Chaldée*), es defendida últimamente por el mismo *Americ. Journ. of Arch.* (1901, art. de Barton). Como ejemplar antiquísimo del *semitismo*, la inscripción hallada últimamente en Susa por De Morgan, un documento real sobre administración cuya fecha, aunque se aventuran varias, no puede precisarse.—Sobre la duración del asirio como lengua hablada, si bien hay quienes como Ménant (*Les langues perdues* I) la hacen llegar

4.º Entre los problemas provocados por la asiriología, dos principalmente de orden glotológico se han discutido y se discuten en Filología comparada. Uno relativo á la lengua de la segunda columna de las inscripciones trilingües de los Aqueménides. Otro referente á la cuestión dicha «sumeriana» que incluye la del idioma *protosemitico*.

Como queda dicho, la primera columna de las inscripciones trilingües está redactada en persa antiguo, y la tercera en asirio. Para la de la segunda columna ya Rawlinson (*Journ. of the R. Asiat. Society*, XV) propuso el calificativo de la lengua *escítica*, el cual fué aceptado por muchos incluso Oppert, aunque luego haya mudado de dictamen juzgándola idioma de los *medos*. Pero el nombre de lengua *escítica*, aplicado por no pocos á las lenguas uralo-altaicas, ha sido denominación aplicada también á pueblos que hablaban lenguaje del tipo ario, y por lo mismo no es una denominación glotológica, sino simplemente geográfica que se dió antiguamente á los habitantes del Norte de Europa y del Asia sin distinción. Por esto, aun dado que el idioma de la segunda columna pueda reducirse al tipo uralo-altaico, sería siempre impropia la denominación é incapaz de definir el carácter de aquel lenguaje.

Para los que la designan como lengua *médica* la segunda columna de cuneiformes nos ofrecería un ejemplar del habla de Arbaces, Dejoces, Ciajares y de toda la dinastía meda, distinta del lenguaje de los Aqueménides. Fúndanse los seguidores de esta opinión en algunas inscripciones semejantes halladas en la antigua Media sin que las acompañen los textos asirio y persa, y en que las inscripciones en tres lenguas debieron representar las de los tres principales pueblos del imperio: la de los persas, la de los asirios y la de los medos, objeto de discusión.

Sobre esta controversia y sobre el parentesco uralo-altaico

hasta el sig. IV de nuestra era fundado en alusiones de Sinesio, no puede admitirse su existencia con carácter dialectal independiente ni aun en los comienzos de la Era cristiana, cuando aparecía ya como un arameo degenerado de su tipo, de igual forma que el hebreo.—Acerca de los testimonios de los escritores latinos sobre el asirio que hemos citado, v. Gutbrod en el *Zeitschrift für Assiriologie*, VI. Las relaciones judaico-asirias, según sostiene Winckler recientemente (*Alteorientalische Forsch.* I, 1902) fueron no sólo de lenguaje, sino también de forma de composición de documentos oficiales, y lo que es más, de empleo común de la escritura cuneiforme usada por los judíos en tiempo de Isaías.